

se de los valores de aforo, una seria reducción, en términos reales, de las tarifas. En 1910 éstas representaban en promedio el 92,7% de su valor arancelario, pero en 1916 habían descendido al 59,4% y en 1918 al 33,1%.

El Segundo Censo Nacional de 1895 y el Tercer Censo Nacional de 1914 permiten evaluar la evolución de la industria manufacturera en el período 1880-1914. De la época anterior a 1895 sólo existen informaciones fragmentarias, principalmente un Censo realizado por la Unión Industrial Argentina, en 1887, sobre establecimientos situados en Buenos Aires. La mayoría de las industrias existentes entonces no eran verdaderas fábricas sino talleres basados en el trabajo manual, con escasa o nula mecanización. La fábrica de camisas más importante, por ejemplo, empleaba sólo un motor de 1 HP, y en toda la ciudad de Buenos Aires los cuatrocientos establecimientos industriales más importantes reunían en conjunto, en fuerza motriz, 1.500 HP. La mayoría de ellos se dedicaban a la transformación de materias primas producidas en el país y predominaban en especial las industrias del cuero y de la madera. La industria textil era muy precaria y la metalúrgica, aunque numerosa, estaba basada en talleres mecánicos, herrerías y hojalaterías.

En el Interior existían en forma incipiente industrias alimentarias basadas en productos locales como el azúcar, de cierta envergadura, la harina y diversos licores. Por otra parte, en esos años se creaban los primeros frigoríficos.

El Censo de 1895 arroja resultados un poco mejores. En Buenos Aires, por ejemplo, donde pueden hacerse comparaciones respecto de 1887, el número de empresas se duplica y los capitales aumentan en valores constantes casi cuatro veces. La situación general, sin embargo, distaba de ser brillante, como puede deducirse del análisis de las cifras censales.

El Censo de 1914, que refleja el estado de la industria en 1913, muestra ya algunos progresos significativos en ciertas ramas. Las industrias alimentarias, que ya predominaban en 1895, experimentaron un crecimiento significativo entre los dos censos, en especial en el número de establecimientos (284,3%), la fuerza motriz (365,9%) y el personal empleado (177,1%). El desarrollo de esta rama se debió a la consolidación de la indus-

tria frigorífica y a la aparición de establecimientos dedicados a la fabricación de lácteos, galletitas, bebidas, etc., que satisfacían las necesidades del creciente mercado interno. En 1913, esas industrias representaban cerca del 40% del total de establecimientos, la mitad del capital existente, el 60% de la fuerza motriz y más de la mitad del valor de la producción.

En las demás ramas la evolución fue mucho más lenta y la estructura del sector no presentaba grandes cambios. Las industrias mecánicas progresaron por el desarrollo de los talleres ferroviarios, que ocupaban a un numeroso personal y se distribuían en buena parte del territorio nacional. El avance de la edificación, vías de comunicación y otras obras de mejoramiento e infraestructura, explica los cambios en el sector de la construcción.

En la industria metalúrgica seguían predominando los pequeños establecimientos y su grado de mecanización era muy bajo, aunque en 1913 podía notarse un aumento respecto a las cifras insignificantes de 1895. La industria textil, salvo alguna excepción, como Alpargatas, tenía escasa envergadura, al punto de abastecer sólo el 23% del consumo interno a diferencia de la rama alimentaria, que atendía ya el 91% de la demanda local. El retraso textil se debía, más que a problemas técnicos o económicos, a la fuerte competencia de los textiles importados y a la acción de los intereses ligados a esa importación.

Con todo, en la segunda mitad del siglo XIX, con el crecimiento de la ciudad de Buenos Aires y su evolución, la concentración de la riqueza, el desarrollo de importantes obras públicas y el flujo de inmigrantes, se produjo un incremento en la demanda de bienes. Si bien la mayoría de esa demanda era satisfecha por la importación, la cercanía a los consumidores ofrecía un factor atractivo para quienes osaban establecer nuevas actividades. Esto originó el establecimiento de numerosos pequeños emprendimientos dedicados a satisfacer esta demanda en aumento. Los empresarios, en general, eran extranjeros, llegados al país portando conocimientos técnicos o prácticos de la rama en la que se instalaban, poseyendo en general un pequeño capital propio o prestado. Comúnmente comenzaron con escalas productivas muy modestas. En este contexto, a partir del año 1860 se destacan los emprendimientos de Bieckert, Bagley, Noel, Peuser, Bianchetti y otros inmigrantes. Si bien sus

negocios se concentraron en bienes de consumo donde contaban con la cercanía del mercado, como alimentos, bebidas e imprenta, hubo casos atípicos, como fundiciones y talleres mecánicos.

La conformación, constitución e instalación de empresas privadas se aceleraron en las décadas siguientes de la mano en muchos casos del capital extranjero. Si bien las firmas industriales extranjeras representaban una porción mínima del capital foráneo en el país, su importancia es indiscutible ya que controlaban los grandes establecimientos manufactureros en sectores clave del modelo agroexportador. Tal es el caso de la producción frigorífica (dominada por las empresas Bovril, Swift y Leibigs), la producción de tanino (Quebrachales Fusionados —La Forestal—) o los propios talleres ferroviarios, que constituían las grandes empresas metalúrgicas de la época.

La mayor parte de las instalaciones fabriles registradas a finales del siglo pasado nacieron ya grandes, basadas en sectores protegidos y beneficiadas por causas naturales o por medidas oficiales. Se ubicaron, sobre todo, en Buenos Aires, Tucumán y Mendoza. Paralelamente comenzaron a notarse los primeros síntomas del desarrollo fabril en ciudades como Córdoba y Rosario, donde se formaban núcleos muy incipientes.

En el rubro textil, promediando la década del ochenta del siglo XIX, se instaló en Buenos Aires la Fábrica Argentina de Alpargatas, compuesta por capitales argentinos e ingleses (con mayoría de este último). Por su tamaño, esta empresa dominaba la actividad en la Argentina, primero en la fabricación de alpargatas y luego en otros productos en que fue diversificándose. En 1899, Otto Bemberg fundó la Brasserie et Cervecerie Quilmes, que desplazó a Bieckert del liderazgo del mercado. La instalación de esta planta impulsó a León Rigolleau, un fabricante de vidrio, a instalar una nueva fábrica cerca de su principal cliente, para proveerlo de botellas. A su vez, en 1901 se fundó La Martona, dedicada a la elaboración de lácteos, dominando el mercado, y en el mismo año se formó la Río de la Plata Flour Mills and Grains Elevators (Molinos Río de la Plata) en Puerto Madero, con una capacidad de molienda del 10% del trigo cosechado en el país. En el rubro metalúrgico surgieron las empresas Tamet y La Cantábrica. Tamet nació como un pequeño taller y siguió creciendo

hasta convertirse en la mayor empresa metalúrgica de América del Sur en la década de 1920.

Hacia 1913, sin embargo, la industria jugaba un papel secundario en el desarrollo económico del país y su crecimiento era menor que el de las importaciones. Si bien entre 1895 y 1913 se advierte un cierto avance en el personal empleado y la fuerza motriz utilizada, esto último teniendo en cuenta el grado casi nulo de mecanización de fines de siglo, ese progreso se realizó en beneficio de las industrias ligadas a la exportación, como los frigoríficos, al transporte y a la construcción, y al consumo local de alimentos. El sector manufacturero representaba un escaso 15% del PIB en 1913 y sólo un acontecimiento externo como la Primera Guerra Mundial, al cerrar los mercados europeos, permitiría iniciar un intenso aunque breve proceso de sustitución de importaciones que cambiaría en parte el perfil industrial.

8. El sistema monetario, el endeudamiento externo y las crisis financieras

En su desarrollo el modelo agroexportador se caracterizó por su discontinuidad: atravesó distintas etapas supeditadas a condiciones internas y externas: 1880-1890 (primer proceso de expansión interrumpido por dos crisis importantes), 1890-1902 (estancamiento y recuperación de la crisis de 1890), 1903-1913 (período de mayor auge del modelo), 1914-1918 (soportando los problemas originados por la Primera Guerra Mundial), 1919-1930 (nuevo despegue y declinación). Cada etapa presentó particularidades, aunque pueden ser interpretadas en un marco conceptual común, puesto que sus rasgos predominantes tenían directa relación con los propios cimientos o características estructurales del modelo.

Ya en 1873 la crisis general del capitalismo que golpeó a Europa tuvo severas consecuencias económicas para la Argentina, cuando la presidencia de la Nación era ejercida por Nicolás Avellaneda y el país no había accedido a su plena institucionalización. El flujo de préstamos del exterior, que venía de los años sesenta, durante la presidencia de Mitre, se interrumpió y el país se vio en figurillas para pagar los saldos deficitarios de la balanza comer-